

**RELATO FINALISTA**  
del IV Certamen Literario Manuel  
V. Segarra Berenguer

Mi  
primera  
misión

Rosa Parks



ESCRITORES EN SU TINTA

Relato finalista

IV Certamen Literario Manuel V. Segarra  
Berenguer.

[www.escritoresensutinta.com](http://www.escritoresensutinta.com)

Mi primera misión © Rosa Parks 2021 ©

Diseño de portada: [Rafael Belda Ros](http://RafaelBeldaRos)

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

# MI PRIMERA MISIÓN

Pseudónimo: Rosa Parks

Mis pasos cortos en la oscuridad de la noche se aceleraban para no oír el irremediable sonido de un disparo que al final conseguí identificar a lo lejos.

Aunque estaba más que avisada de lo que ocurriría, el eco de aquella detonación por las calles vacías me estremeció y me heló la sangre. Sin embargo, no podía detenerme, así que con un semblante hierático y sin mirar atrás continué caminando, preparada para lo que sería mi nueva misión.

\*\*\*

Las órdenes habían sido claras: pasar una temporada en París para conocer bien a aquel general alemán, convertirme en su confidente, pero no enamorarme de él como una quinceañera.

Hacía solo un par de meses que había llegado a la capital del amor. Después de mi atormentado matrimonio, si había algo en lo que no creía era precisamente en eso, en el amor verdadero. Durante años había vivido por y para un marido alcohólico que me

había dado siempre más penas que alegrías y que se había encargado durante años de relegarme a la nada y hacerme creer que no servía «ni para tener hijos».

Tras su *accidentada* muerte y la inminente invasión de los alemanes, me vi en la tesitura de seguir el consejo de mi amiga Josephine Baker y hacer algo por la patria. Mi viaje a París era el primero de mi nueva vida. Había llegado con la única ropa que poseía y de la que mi intendente, Jacques Abtey, me había aconsejado que me deshiciera, pero yo notaba que los cambios debía hacerlos poco a poco, que aún no estaba preparada para dejarlo todo atrás.

Ese día iba directa a la oficina del general Hans Von Greim, iba a ser su nueva secretaria. Apenas tenían información sobre aquel hombre. Obtenerla era mi primera misión. Mientras me dirigía hacia mi nuevo trabajo, pude darme cuenta de quién indudablemente mandaba en mi querido país: las banderas nazis ondeaban

en los principales edificios de la ciudad y una buena cantidad de soldados con el uniforme alemán paseaban por las calles con gesto jovial.

Llegué a un edificio gris y triste, como todo, ahora que estábamos en guerra. Me recibió una puerta de roble abierta y entré sin más. La sala me la encontré vacía e inconscientemente empecé a temblar, intuía que algo había hecho mal. «Tal vez el desgraciado de Ludo tuviera razón y es verdad que no sirvo para nada», me dije.

Entonces un hombre alto, moreno y de ojos de un color azul intenso apareció por la puerta saludándome amablemente en un perfecto alemán. Desde el primer momento no pude apartar la vista de él; su porte, la forma de caminar, su extrema elegancia en uniforme y la manera en la que me sonrió me hipnotizaron y apenas pronuncié unas palabras en un alemán macarrónico.

—Soy la nueva secretaria —dije al fin de un modo algo más inteligible—. Busco al general Von Greim.

—Aquí presente —dijo con una sonrisa sincera.  
Comprobó mi identificación y no dio signos de sospechar de mi verdadera procedencia. Eso me dio seguridad para continuar con mi farsa.

\*\*\*

Los primeros días fueron los más difíciles. Sabía que tenía que convertirme en una verdadera actriz y engañar a aquel maravilloso *gentleman*. Mi apellido alemán, el dominio del idioma y mi apariencia aria eran herencia de mi madre y ayudaban a cumplir mi cometido con aquel individuo sin que sospechara de mí y de mis verdaderas intenciones como espía. De manera gradual, él fue ganándose mi amabilidad y la ayuda que me ofrecía desinteresadamente hacia que lo valorase como persona,

aun sabiendo que yo estaba ahí precisamente para eliminarlo del mapa tras sonsacarle toda la información posible.

El primer mes se me pasó en un suspiro y no me sorprendió que él quisiera invitarme a cenar por el simple hecho de celebrar mi buen trabajo. Esa noche me puse uno de los vestidos que me había comprado recientemente para una ocasión especial. Durante las semanas anteriores y con mi sueldo semanal me había animado a ir de compras y cambiar de atuendo. De esta manera ya no parecía tanto una pueblerina y me sentía más segura de mí misma, lo que me animaba a llevar a cabo mi misión de una forma más placentera. Supe, nada más verle a los ojos, que a él también le gustaba.

—Madelaine, debo contarle algo muy importante —indicó al final de la velada—. Dentro de un mes van a matarla —dijo de sopetón.

Lo miré fijamente a los ojos tratando de averiguar si lo que me estaba contando era cierto y, lo más importante, entender por qué lo hacía. Aparenté tranquilidad y falta de interés ante tal noticia, a pesar de que sentía cómo todo mi cuerpo empezaba a temblar de miedo.

—Mi coronel ha estado investigándola y ha descubierto que su marido era de nacionalidad francesa, al igual que usted.

«¡Maldito Ludo! ¡Importunando hasta una vez muerto!»

—No tema, yo la ayudaré —continuó diciendo el general—. Pero solo contésteme a una cosa: Usted también me avisaría si fueran a matarme, ¿verdad?

Lo miré a los ojos y callé. Él ya estaba enamorado de mí, a mí me quedaba solo un mes más para estarlo.

\*\*\*

Ese último mes pasó igual o más rápido que el anterior. A escondidas organizábamos escapadas a los alrededores de París a lugares como Versalles o los viñedos de Champagne, donde nos deleitamos de deliciosos espumantes; visitamos Normandía y el Monte de Saint Michel. Empezamos a cenar juntos en exquisitos restaurantes con la excusa de que era demasiado tarde para estar trabajando en la oficina pero no lo suficiente para que pudiéramos seguir con la tarea en otra parte juntos, siempre juntos. Yo iba descubriendo qué papel jugaba él en la escala nazi y encontré que era simplemente un títere inocente del gran Führer, por lo que se veía en la continua tesitura de cumplir todas las órdenes dictadas por temor a las represalias. Órdenes que muy inocentemente él iba relatándome en esas fantásticas cenas de postín.

El día de su muerte empezaba acercarse, pero no quería pensar en ello; me centraba en disfrutar de mi nuevo yo, de mi libertad, de mi felicidad y de un amor al que no debía entregarme, aunque deseaba poder hacerlo.

La llamada la recibí una noche justo cuando abría la puerta de casa, sabía que estaba continuamente vigilada por ambos bandos, por lo que no me sorprendió que supieran de mi hora de llegada. Cogí el auricular decidida, sabía que estaba haciendo bien mi labor, que no recibiría ninguna crítica, hasta algunas noches me daba palmaditas a mí misma por ello, y me reprochaba el tiempo perdido en el pueblo con el desgraciado de mi marido, cuando había creído que el amor solo se podía vivir de esa manera.

—Mañana por la noche terminas tu misión —me informó una voz francesa al otro lado de la línea—. Antes, debes ver a tu amiga Josephine Baker, que te entregará unos documentos importantes...

Tras esa corta pero precisa conversación me fui directa a mi vestidor, solo preocupada por el traje que llevaría al día siguiente por la noche, para el gran final. Entonces, decidida, llamé al general Vom Greim y, con cierto descaro, que hacía que apenas pudiera reconocerme, le pedí que pasase la noche conmigo.

\*\*\*

Había llegado el momento. Era el final señalado para mi general y, tal como me había avisado este, también iba a serlo para mí. Debía estar atenta a todo lo que ocurriría a mi alrededor.

Desde que había llegado al cabaret, me había quedado embelesada mirándolo entre bambalinas mientras recordaba la noche anterior con él, cuando nuestros cuerpos desnudos se habían rozado por primera vez y no podía evitar que se me escapara una leve sonrisa.

Allí sentado en una de las pequeñas mesas del local y acompañado de otros militares alemanes, lo noté meditabundo, puede que él también estuviera rememorando nuestro encuentro de hacía unas horas.

Desperté de mi ensimismamiento de golpe cuando apareció sobre el escenario la gran artista de color de la noche, Josephine Baker. El público quedó en silencio y pareció como si el mundo se hubiera parado, expectante a lo que la gran Baker nos pudiera ofrecer a continuación. De repente, la luz recayó sobre ella y empezó su ya famoso baile exótico y desinhibido, moviendo sus caderas al ritmo del Charlestón y acompañándolo con elementos de la danza africana. Con su exagerado bailoteo comencé a olvidarme de las razones por las que estaba ahí esa noche, en París, en ese fantástico cabaret, de que mi querido general estaba muy cerca de mí, entre el público; pero sobre todo me olvidé de que esa noche la muerte nos acechaba a ambos.

Y aunque lo que más me apetecía era quedarme a ver el hipnótico espectáculo, sabía que debía aprovechar el momento de la actuación de Josephine para adentrarme sin interrupciones en su camerino y terminar con la última parte de mi primera misión.

Caminando con temor por el oscuro pasillo seguía oyendo los ensordecedores vítores del público de fondo. Me iba encontrando a otros artistas que actuaban esa noche, pero no temía porque ningún oficial alemán me descubriera, puesto que, tal y como habíamos previsto Josephine y yo, todos ellos estaban demasiado concentrados en el baile de la diosa de color.

Cuando por fin llegué, me encontré, según lo acordado, el fajo de papeles que debía coger. Tenían un código cifrado, unas notas de música que solo Josephine Baker y nuestro intendente, Jacques Abtey, podían comprender. Me alegré de que la tarea hubiera sido tan sencilla. Me percaté de que el volumen de la música iba

ya disminuyendo y me di prisa en salir de allí, pero irremediablemente mi amiga Josephine y yo nos cruzamos. Nos saludamos con disimulo, para que cualquier persona que pasara en ese momento por nuestro lado no se percatara de nuestra verdadera amistad y de que además trabajábamos para la misma persona.

Marcaban las once y era el momento de retirarme. Pasé cerca de mi general para llegar hasta la puerta, pero él seguía sin verme. Lo miré por última vez con benevolencia, no era culpa nuestra tener que ser enemigos en esa maldita guerra.

Cuando salí precipitada del local ya estaba allí esperándome el agente Montagner. Le di la señal que esperaba y se colocó en su posición con un arma en la mano.

Cuando oí el disparo yo ya estaba lo bastante lejos para evitar que los nazis me alcanzasen a mí. Me ajusté la peluca rubia que me había llevado para no ser

reconocida y me quedé agazapada entre unas cajas expresamente colocadas en una lejana esquina. Pasaron los diez minutos acordados y por fin vi aparecer su figura masculina.

—Ha salido todo según lo planeado —declaró—, mis compañeros creen que he muerto.

—¡Oh, Hans! —Y lo abracé con tanto ímpetu que nos desplazamos un poco hacia atrás a punto de caernos al suelo.

—Y ahora, ¿cuál es el siguiente paso? —me preguntó con ojos enamorados.

—Debes demostrar a mi intendente que de verdad estás con nosotros, debes dejarte la piel por querer ganar la guerra al lado de los franceses.

Con un gesto afirmativo y ajustándose el sombrero que cubría su anonimato nos dirigimos hacia el coche que acababa de llegar y que nos abrió la puerta para darnos la bienvenida a esa nueva etapa juntos.